La Última Curva

Art. 88 19 de octubre de 2026

Por David Landazabal – Vicepresidente de Stop Accidentes, víctima de siniestros viales y autor de *La Última Curva*

Diez muertos menos. Saquen el champán.

Reflexiones desde el límite entre lo legal, lo humano y lo absurdo.

Ya tenemos los datos definitivos de siniestralidad vial de 2025. Y, como cada año, llega ese maravilloso momento en el que convertimos muertos en porcentajes, tragedias en estadísticas y familias destrozadas en una nota de prensa.

1.775 personas fallecidas en nuestras carreteras y ciudades. Diez menos que el año anterior.

Diez.

Fantástico. Sobran motivos para la celebración. Que alguien saque el champán, prepare los canapés y convoque una rueda de prensa. Hemos conseguido que, de las casi 1.800 personas que perdieron la vida el año anterior, este año sean diez menos.

Todo un éxito. O eso parece.

Porque tenemos una habilidad extraordinaria para encontrar buenas noticias donde cualquier persona con un mínimo de sensibilidad encontraría motivos para avergonzarse.

Las cifras mejoran. La tendencia es positiva. Seguimos trabajando. La seguridad vial es una prioridad. Y yo me pregunto: ¿una prioridad para quién?

Cuando algo es realmente prioritario, se actúa. Se toman decisiones. Se asumen costes políticos. Se aprueban medidas, aunque no sean populares. Y, sobre todo, se deja de utilizar la vida de las personas como moneda de cambio en las negociaciones parlamentarias.

Pero aquí tenemos otra forma de hacer las cosas.

Podemos pasarnos meses discutiendo si reducir la tasa de alcohol permitida al volante es una medida razonable. Podemos escuchar argumentos absolutamente surrealistas sobre la libertad individual, la economía de la hostelería y el supuesto perjuicio que supone impedir que alguien conduzca después de beber.

No vaya a ser que, por intentar salvar vidas, terminemos arruinando el aperitivo.

Y mientras tanto, seguimos enterrando personas. Pero tranquilos, que estamos trabajando en ello.

También tenemos 9.888 personas hospitalizadas. Un tres por ciento más que el año anterior. Pero ese pequeño detalle no parece tan apropiado para acompañar los titulares optimistas.

Casi diez mil personas ingresadas en un hospital como consecuencia de un siniestro vial. Algunas se recuperarán. Otras tendrán que aprender a vivir con una discapacidad, con dolor crónico, con secuelas físicas o psicológicas. Algunas no volverán a caminar, a trabajar o a tener la vida que tenían antes.

Pero esas historias no caben demasiado bien en un gráfico de barras. Y mucho menos en una fotografía institucional.

Lo curioso es que, cuando se trata de otras cuestiones, somos capaces de movilizar recursos, modificar leyes, convocar reuniones extraordinarias y poner de acuerdo a quienes llevan años sin dirigirse la palabra.

Pero cuando hablamos de seguridad vial, parece que tenemos todo el tiempo del mundo.

Podemos esperar otro año. Otra legislatura. Otro informe. Otra comisión. Otra propuesta.

Total, los muertos no protestan.

Y las familias, con un poco de suerte, acabarán cansándose de hacerlo.

Aunque algunos tenemos la desagradable costumbre de seguir dando …….. la lata. De seguir preguntando por qué una medida que puede salvar vidas se convierte en una batalla partidista. Por qué seguimos tolerando determinados comportamientos al volante. Por qué la prevención se recuerda con entusiasmo cuando llega una campaña de tráfico y se olvida cuando hay que tomar decisiones de verdad.

Y, especialmente, por qué seguimos hablando de accidentes como si las personas murieran por una especie de mala suerte inevitable.

Qué palabra tan cómoda, por cierto.

Accidente.

Una palabra que permite cerrar una noticia sin tener que hacerse demasiadas preguntas. Algo que pasó. Una desgracia. Una fatalidad.

Y a otra cosa.

Llevo demasiados años escuchando discursos sobre seguridad vial. He escuchado compromisos, promesas, declaraciones solemnes y frases tan bonitas que, si salvaran vidas, probablemente seríamos el país más seguro del planeta.

Pero las frases no frenan vehículos. Los homenajes no reducen la velocidad. Los minutos de silencio no impiden que alguien conduzca bebido. Y las buenas intenciones, por desgracia, no resucitan a nadie.

Que nadie me malinterprete. Diez personas menos fallecidas son diez vidas que no se han perdido respecto a la cifra del año anterior. Y eso importa. Por supuesto que importa.

Lo que me niego a aceptar es que nos conformemos con ello.

El problema no es que hayamos conseguido reducir las cifras en diez personas. El problema es que parece que ya no sabemos aspirar a mucho más.

Nos hemos acostumbrado a vivir con cerca de cinco muertos diarios en nuestras carreteras y calles. Lo hemos normalizado hasta el punto de que, cuando el número baja ligeramente, lo presentamos como un avance extraordinario.

Imaginen que cada día murieran cinco personas en cualquier otra actividad por causas que, en buena medida, pudieran prevenirse.

¿Aceptaríamos que la respuesta fuera una campaña de concienciación, una rueda de prensa y una promesa de seguir trabajando?

Probablemente no.

Pero en la carretera parece que sí. ¿Pero que coj….. nos esta pasando?

Y así seguimos. Entre estadísticas, declaraciones y felicitaciones por pequeños avances, mientras las familias reciben llamadas que les cambian la vida para siempre.

Sé lo que significa recibir una de esas noticias. Sé lo que viene después. Y sé también que, cuando se apagan las cámaras y terminan los discursos, el dolor no desaparece con la nota de prensa.

Por eso, cuando veo estos datos, no encuentro demasiados motivos para brindar, mas bien ninguno. Encuentro motivos para exigir. Para incomodar. Para seguir insistiendo.

Porque 1.775 personas fallecidas no son un éxito de gestión. Son 1.775 razones para no estar satisfechos.

Y si alguien considera que diez muertos menos justifican una celebración, adelante.

Que descorche la botella.

Yo, mientras tanto, seguiré preguntándome cuántas personas más tienen que morir para que dejemos de felicitarnos por conseguir tan poco.